T O C A P U

Rodolfo Cerrón-Palomino

“Tocapu isi: Vestido, o ropa del Ynga hecha a las mil marauillas y assi llaman agora al Terciopelo, Telas, y Brocados & quando quieren alabarlos”.

Bertonio ([1621] 1984: II, 357)

0. La voz *tocapu*, como vocablo de origen nativo registrado por el castellano andino, alude a ciertas figuras o diseños geométricos que engalanaban la vestimenta de la realeza incaica. Son familiares, en tal sentido, los *tocapus* que lucen los vestidos de incas y coyas dibujados por Guaman Poma. El examen de los registros del término parece indicar que dicho significado es producto de una reducción metonímica gradual, pues inicialmente aludía no sólo a un tipo de vestimenta “galana” sino que tenía un valor adjetival genérico equivalente a ‘sublime’ o ‘excelso’. En la presente nota nos ocuparemos de la historia de este nombre, cuya etimología no deja de ser oscura tanto en forma como en significado.

1. REGISTRO INICIAL

La voz <tocapu> aparece consignada en los vocabularios clásicos del quechua y del aimara. En efecto, así la registran

González Holguín ([1608] 1952: I, 344) y Bertonio ([1612] 1984: II, 357), respectivamente. El primero, además, la consigna como equivalente de <acnopu>, voz de etimología igualmente oscura. Ambos lexicógrafos coinciden en la definición, que el primero ofrece como “los vestidos de lauores preciosos, o paños de lauor texidos” (*op. cit.*, *ibidem*). Bertonio, como puede leerse en el epígrafe, nos regala además la extensión semántica del referente, que pasó a designar a toda labor de textura fina, dentro del nuevo contexto cultural y material creado por la colonia. De paso, esta ampliación semántica debió retraerse poco después, ya que el significado básico del vocablo quedó circunscrito a su referente originario andino. La palabra, sin embargo, tuvo una acepción menos concreta y más genérica, como se desprende de los usos que consignan nuestros lexicógrafos.

En efecto, el jesuita cacereño proporciona la siguiente entrada: <acnopoy ttocapuy> “es cosa muy galana, o qualquier gala, o buen vestido, que estos lo eran del Inca” (*cf.* González Holguín, *op. cit.*, I, 16). De manera que, según esto, el significado genérico de <tocapu> debió ser “cosa muy galana” o “qualquier gala”, y no necesariamente un vestido. El jesuita anconense nos lo confirma al registrar las expresiones: <tocapu amaotta>: “hombre de gra[n] entendimiento”, equivalente de <tocapu chuymani>; y <tocapu quellcata>: “cosa bien pintada; y assi de otras cosas” (*cf.* Bertonio, *op. cit.*, *ibidem*). En todas estas expresiones, incluyendo la que figura en el epígrafe (<tocapu isi>), la voz <tocapu> funciona como un adjetivo ponderativo en sumo grado, con el significado de ‘eximio’, ‘excelso’ o ‘primoroso’. Como tal, podían valorarse tanto los atributos del intelecto (<tocapu amaotta> ‘sabio eminente’), del espíritu (<tocapu chuymani> ‘de corazón sublime’), o de las cosas materiales (<tocapu quellcata> ‘pintura primorosa’)¹.

¹ Como lo sugiere Bertonio, los <tocapus> no solamente adornaban los tejidos de la realeza sino también los vasos de cerámica o de madera ceremoniales y los “tablones” pintados de que nos hablan los cronistas.

Hasta aquí, como se vio, hemos podido rescatar el valor adjetival del vocablo. Sin embargo, no es difícil darse cuenta de que incluso dicho significado es también derivado y no originario. La mejor prueba que tenemos de ello es su constitución formal. En efecto, difícilmente una palabra trisilábica quechua (o aimara) puede constituir una forma originaria. No siendo tampoco un lexema compuesto, estamos con seguridad ante un elemento derivado. En la sección siguiente pasaremos a indagar sobre la estructura interna del vocablo.

2. CUESTIONES DE FORMA

Lo primero que se advierte al examinar una palabra trisilábica como <tocapu> es su extraña sílaba final. Son contadísimas las palabras del quechua moderno –cualquiera que sea el dialecto que se consulte– que muestran un parecido formal con el vocablo que examinamos. Algunas de ellas, como por ejemplo *t'ikrapu* ‘efecto reversivo de algún mal sobre una persona’, *wiñapu* ‘germen de maíz fermentado’, o *warapu* ‘jugo de la caña de azúcar’, han logrado incluso incorporarse marginalmente al castellano peruano, si bien sólo en algunas de sus modalidades regionales². Algunas de estas palabras portan radicales fácilmente identificables. Tal es el caso de las dos primeras, que conllevan *t'ikra-* ‘voltear’ y *wiña-* ‘crecer’. No ocurre así en el tercer ejemplo, pues *wara-* ya no es fácil de identificar³. Con todo, resulta claro que en cada uno de ellos está presente el parcial final *-pu*, que no puede ser sino

Así nos lo dice explícitamente el vocabulario quechua anónimo, del que se servirá posteriormente el jesuita para redactar el suyo, al definir <tocapo> como “labor en lo que se brosla o texe, o en vaso, tablas &c.” (cf. Anónimo 1586).

² También es conocida, aunque en el léxico especializado de los rituales religiosos andinos, la palabra *pagapu*, esta vez con radical tomado del castellano, para referir a la ofrenda que se les hace a la tierra o a los dioses tutelares, y que literalmente significaría algo como ‘(su) pago’.

³ En este caso estamos, con seguridad, ante la raíz verbal aimara *wara-* ‘verter, derramar líquidos’ (cf. de Lucca 1987).

un sufijo. Resta por ver qué sufijo sería éste y qué función desempeñaría. Baste decir por ahora que un sufijo terminal semejante está ausente en el quechua moderno. Igual de extraño resulta en el aimara, donde el único vocablo que lo conlleva, es decir <tocapu>, tiene toda la traza de haber sido un préstamo del quechua. En esta lengua, sin embargo, a estar por una veintena de términos registrados por González Holguín, todo indica que dicho sufijo tenía un empleo bastante productivo, de manera que <tocapu> era uno más de tantos otros elementos derivados mediante su concurso.

En efecto, el examen de los lexemas consignados en el *Vocabulario* del jesuita cacereño permite: (a) confirmar la naturaleza sufijal de *-pu*, y (b) determinar la categoría léxica del radical. Para demostrarlo, basta con detenernos en la inspección de los grupos de palabras entresacadas de la fuente respectiva, ofrecidos a continuación en versión ortográfica contemporánea, con la glosa originaria:

(a) aklla-pu	“antojadizo, que todo lo escoge o toma para si” (I, 15)
usa-pu	“el que alcanza todo lo que procura [,] mañoso, o venturoso grangero que en todo gana y acierta” (I, 58)
rura-pu	“el que facilmente haze quanto quiere, o quanto vee lo saca” (I, 322)
hamu-ta-pu	“consejero diestro” (I, 148)
yacha-pu	“el que lo sabe todo, o de todas las cosas” (I, 361)
(b) apa-pu	“el ladron que se lleva quanto halla” (I, 30)
anya-pu	“el que riñe a todos” (I, 29)
ami-paya-pu	“mal contadizo de comidas, enfadoso que todo le da enfado, y hastio” (I, 24)
mit’a-pu	“mal que acude a tiempos, tercianas” (I, 30)
waklli-pu	“el que deshaze todo el bien de otros” (I, 170)

Ahora bien, gracias a la transparencia del significado de los radicales de (a) y (b), no sólo fácilmente identificables sino también de gran vigencia en la actualidad, es posible determinar la categoría léxica a la que pertenecen, y, de refilón, descubrir el tipo de sufijo que tenemos al frente. En efecto, tales radicales constituyen verbos, primitivos o derivados, nominalizados mediante el sufijo *-pu*. El significado de éste resulta asimismo transparente a través de la glosa proporcionada: estamos ante un nominalizador por excelencia. Ya se adelantó, sin embargo, que no existe en quechua, no por lo menos en sus dialectos modernos, un morfema que tenga tal función. Con todo, los datos ofrecidos a manera de ilustración demuestran, sin lugar a dudas, que en etapas anteriores de la lengua sí existía tal deverbalizador, cuya función era la de formar nombres (o adjetivos) a partir de raíces verbales. El paso siguiente consiste en identificarlo.

3. EL BENEFACTIVO *-PU* COMO NOMINALIZADOR

Quienquiera que consulte una gramática quechua, antigua o moderna, sea cual fuere el dialecto, en vano buscará, en el aparato morfológico de la lengua, un sufijo como el que acabamos de identificar. Lo que sí podrá encontrar es su homófono *-pu*, que tradicionalmente se conoce como 'benefactivo', aunque dependiendo de la semántica del verbo puede tener también un valor 'malefactivo'. Se trata de un sufijo que cambia la valencia del verbo, al que le agrega un argumento, que viene a ser precisamente la entidad que, dependiendo del significado verbal, resulta afectada, en calidad de beneficiada o perjudicada, en razón del proceso expresado por el verbo. Así, por ejemplo, en *awa-pu*- 'tejérselo' o en *p'aki-pu*- 'rompérselo'. Es lo que acabamos de ver, precisamente, en los ejemplos de (a) y (b), ofrecidos en la sección anterior. En efecto, en las instancias de (b), más claramente que en las de (a), la acción traspasa y afecta a otra entidad, perjudicándola; en las de (a), el proceso afecta igualmente a otra entidad, pero como resultado de ello, la persona que ejecuta la acción verbal,

a diferencia de lo que ocurre en el caso anterior, resulta ameritada. Así, en <yacha-pu> estamos ante alguien que sabe mucho de muchas cosas, y, a raíz de ello, deviene en una 'persona de gran entendimiento'; pero en <suwa-pu> estamos ante alguien que toma lo ajeno, y en consecuencia, ante un 'gran ladrón'.

Según puede constatarse, no hay duda de que, semánticamente, estamos ante un mismo sufijo. Sin embargo, en términos funcionales y distribucionales, las cosas son diferentes. En efecto, en un caso, estamos ante un sufijo *-pu*, que goza de plena vigencia en la lengua, y que forma temas verbales no terminales; en el otro, tenemos al frente un antiguo sufijo **-pu*, de naturaleza terminal, que formaba npmbres y adjetivos, y que ha dejado de ser productivo en la lengua. Siendo, pues, formal y semánticamente idénticos, no hay duda de que, históricamente, estamos ante un mismo sufijo, el mismo que podía funcionar como derivador endocéntrico y exocéntrico a la vez: en el primer caso formaba temas verbales, y en el segundo, lexemas nominales. Es esta segunda función la que habría quedado obsoleta, en la medida en que en la actualidad ya no es posible generar derivados como lo ilustran las decenas de ejemplos que hemos encontrado en el registro colonial. Y conste que no estamos hablando aquí de formaciones léxicas como resultado de la gramaticalización esporádica de un sufijo sino de una estrategia derivativa que dejó de ser productiva en algún momento de la historia de la lengua⁴.

⁴ Un argumento que podría invocarse en contra de la tesis formulada sería que, en verdad, tales derivados habrían sufrido la pérdida del sufijo agentivo *-q*, el verdadero responsable de la nominalización de tales formas. Es decir, por ejemplo, <yacha-pu> habría sido originariamente **yacha-pu-q* 'persona que todo lo sabe', donde vemos que *-pu* ocupa ahora una posición interna, es decir aquella en la que aparece *normalmente*. Sin embargo, como dijimos, no estamos aquí ante un caso aislado de lexicalización, y, de otro lado, de manera más interesante, González Holguín recoge, como sinónimas, las expresiones <huacllipu> y <hucha huacllik> (cf. *op. cit.*, I, 170), que muestran los valores similares, en tanto nominalizadores, de los sufijos *-pu* y *<-k>* (es decir *-q*), respectivamente.

Una vez identificado el parcial *-pu*, resultan ahora transparentes casi todos los ejemplos ofrecidos en la sección anterior, pues, como se dijo, al ser fácilmente reconocibles los radicales con los cuales se combina, se restituye literalmente el significado total de los lexemas involucrados, así como el de muchos otros, acertadamente consignados por González Holguín. Quedan, sin embargo, un par de casos enigmáticos que, al no ser identificables las raíces de base que conllevan, constituyen verdaderos acertijos. Uno de ellos es <tocapu>, adjetivo que, según lo adelantamos, expresaba excelencia en sumo grado. Nuestro paso siguiente consistirá en indagar por el significado nuclear de dicho vocablo.

4. SOBRE LA RAÍZ <TOCA>

Una vez aislada la raíz <toca->, quedan por determinar su filiación y su significado. De entrada, debemos señalar que resulta imposible encontrar, fuera de su registro como base del vocablo <tocapu>, alguna otra raíz quechua con la que se la pueda asociar ni menos identificar. La única candidata en este sentido podría ser <ttoca-> “escupir o abominar, o enfadarse” (González Holguín, *op. cit.*, I, 344), verbo que por obvias razones semánticas queda descartado⁵. Aparte de los diccionarios quechuas consultados, en vano trataremos de ubicarla en los diccionarios modernos, dado el carácter obsoleto del vocablo. En otras fuentes antiguas, como las crónicas, a lo

⁵ No ha faltado, sin embargo, alguien que pasara por alto esta condición mínima de plausibilidad semántica. Así, Carmen Arellano, en su estudio sobre los quipus y tocapus, etimologiza esta última palabra descomponiéndola arbitrariamente en <tok> y <apu>, para traducirla como “aquello que destaca al apu, o aquello con que sale el apu” (*cf.* Arellano 1999: 258). La noción de “salir” que ella cree encontrar en la sílaba <tok>, al asociarla gratuitamente con la raíz verbal <toca-> (es decir *thuqa* ‘escupir’), es semánticamente absurda, como lo es dar por sentada la identidad del vocablo *apu* ‘señor’, que según la mencionada historiadora estaría integrando el pretendido vocablo compuesto.

sumo volveremos a toparnos con el mismo derivado. Por ejemplo, en las oraciones quechuas ofrecidas por el cronista Molina ([1753] 1989) encontramos las expresiones <tocapo> y <acnupo> como epítetos aplicados exclusivamente a Viracocha (cf. *op. cit.*, pp. 81-82, 85, 94). Aunque el autor de las fábulas y ritos de los incas no nos hiciera ni siquiera el favor de parafrasearlas, debemos asumir que los significados debieron ser los mismos que los proporcionados por González Holguín y Bertonio⁶.

Descartado, pues, el quechua como posible fuente original del radical, queda el aimara como una alternativa de indagación. La búsqueda en este caso es más promisoría, puesto que Bertonio no solamente recoge el derivado <tocapu>, conforme vimos, sino que registra también un posible candidato para el radical que nos interesa. Nos referimos a la raíz <toca>, cuyo significado aparece glosado como “hoyo, o silo debaxo de tierra” (cf. *op. cit.*, II, 357). A simple vista, sin embargo, el vocablo parece traído de los cabellos. En efecto, por un lado, no es obvia la relación entre su significado, de referente material, y el que subyace a <toca-pu>, de referente abstracto; por el otro, en términos de categoría léxica, <toca> aparece como una raíz nominal y no verbal, por tanto sería incompatible con *-pu*, que es un sufijo nominalizador, conforme se vio. Con

⁶ La traducción “rica y galanamente vestido” de tales expresiones, como se quiere darles en las versiones de las oraciones del quechuista (cf. Molina, *op. cit.*, 82, 83, 95), nos parece cuestionable. De paso, Pierre Duviols, coeditor de Molina, en su estudio sobre los “nombres quechua [sic] de Viracocha” (cf. Duviols 1977), sostiene precisamente que la interpretación semántica de <tocapu> y <acnupo> “no parece ofrecer dificultades”. Y así dice que “el Tocapu Acnupo Viracocha es la divinidad resplandeciente, con su “vestido de luces”, su vistoso traje ceremonial, el que podría usar también el Inca para presenciar los más importantes sacrificios” (cf. *art. cit.*, 62). Sin embargo, como podrá advertirse, la lectura de los términos que hace el autor peca de anacronismo, ya que les confiere un significado metonímico derivado, de alcances más bien materiales antes que puramente sublimes.

todo, en lo que sigue, intentaremos demostrar que en verdad hay un lazo semántico entre la raíz aimara <toca> y el derivado quechua <toca-pu>.

5. EVIDENCIA ONOMÁSTICA

Uno de los mitos de origen de los incas menos difundido es aquel relatado por el Inca Garcilaso, según el cual un ser supremo habría repartido el mundo en Tiahuanaco, tras un gran diluvio, en “cuatro partes”, dándoselas a “cuatro hombres que llamó reyes”: a <Manco Capac> le habría correspondido el norte, a <Colla> el sur, a <Tocay> “la parte del levante”, y a <Pinahua> “la del poniente” (cf. Garcilaso [1609] 1943: I, XVIII, 45-46). Los cronistas indios Santa Cruz Pachacuti ([1613] 1993: fol. 8v) y Guaman Poma ([1615] 1936: 80, 89, 148, 150), si bien no recogen el mito, hacen referencia a las rivalidades y escaramuzas que habrían tenido Manco Capac y sus descendientes con los otros tres “curacas”, a los cuales habrían eliminado. De todos estos personajes nos interesa destacar, en primer lugar, el nombre de <Tocay>, y en segundo término el de <Pinahua>.

Pues bien, de primera intención debemos señalar que <Tocay> es un nombre derivado y no primitivo, cuyos componentes son la raíz <toca-> y el sufijo locativo -y. En trabajos previos demostramos que este sufijo proviene, mediante reglas sistemáticas de quechuzación y aimarización sucesivas, del morfema aimara -wi (cf., por ejemplo, Cerrón-Palomino 2002: § 2), que entonces como hoy significaba ‘(lugar) donde existe o acontece X’. Si, tras su identificación, lo relacionamos con la raíz <toca> ‘troja’, creemos que ya estamos en condiciones de aventurar el significado de <Tocay> como ‘(lugar) donde existen trojas’. Sin embargo, como epíteto de una persona, obviamente, sólo podía tener un valor emblemático en tanto sinónimo de fuente de poder y de riqueza, es decir habría tenido un significado equivalente al de *qhapaq*, voz de etimología igualmente oscura. De hecho, los cronistas

indios mencionados nos hablan de <Tocay Capac> y de <Pinao Capac>, al lado de Manco Capac, como de personajes igualmente poderosos.

Que la etimología de <Tocay> postulada hasta aquí no resulta descabellada nos parece confirmarla justamente <Pinahua>, que analizamos como <pina-wa>. Como podrá observarse, el sufijo, que aparece como <-o> ~ <-u> (es decir -w) en Santa Cruz y Guaman Poma, respectivamente, es una variante del que encontramos en <toca-y>. Queda entonces por identificar la raíz <pina->. Al igual que en el caso anterior, en vano la buscaremos en quechua, pues no la hallaremos, y sí en cambio en aimara. Antes de dar con ella, sin embargo, conviene descartar la voz <pinahua>, que en el quechua central se da como *pinaw*, y que alude a una planta de flores amarillas (cf. Bertonio, *op. cit.*, II, 265). En este caso también, por razones de plausibilidad semántica, descartamos que esta voz sea la fuente de <pina-hua>. Y así encontramos un mejor candidato: nos referimos a la voz <phina>, recogida por Bertonio, con el significado de “la trox do[n]de las guardan [las papas] en sus casas” (cf. *op. cit.*, II, 269). Resulta ahora que <toca> y <phina> comparten un mismo significado: el de ‘troja’, con la diferencia de que la primera refiere a un almacén bajo tierra (es decir ‘silo’) y la segunda a un depósito en superficie. Y a semejanza del significado de <Tocay>, en el caso de <Pinahua> ~ <Pinao>, gracias al sufijo -w, variante de -y (cf., por ejemplo, el topónimo <Marcao> ~ <Marcay>), de significado ubicativo, podemos sostener que el vocablo equivalía a ‘(lugar) donde hay trojas’. Nuevamente, el significado, aplicado al personaje mítico, es a todas luces emblemático⁷.

⁷ Debemos señalar esta vez nuestra complacencia al constatar que, de manera coincidente, Szeminski llega a postular prácticamente la misma etimología para los nombres míticos mencionados. Lo que el historiador polaco no advierte en sus pesquisas etimológicas es, sin embargo, que los sufijos -y y -w no son sino variantes de un mismo morfema (cf. Szeminski 1997: 114-116).

Ahora bien, una vez identificadas <toca> y <phina> como voces de origen aimara, ya no sorprende que las volvamos a encontrar en la toponimia. En efecto, topónimos portadores de estas raíces se encuentran en el centro-sur andino, comenzando en Ancash, con una mayor incidencia en el sur peruano (cf. Paz Soldán 1877, Stiglich 1922), y terminando en el altiplano boliviano (cf. Ballivián 1890, Mallo 1903, Blanco 1904), es decir todo el territorio cubierto antiguamente por dialectos aimaraicos. Tales nombres se dan, unas veces en su forma puramente radical, otras portando sufijos nominalizadores, pero también los hay integrando compuestos. De manera más interesante, encontramos justamente formas derivadas que resultan similares o parcialmente semejantes a las de los antropónimos que venimos estudiando, es decir <Tocavi> (un caserío en Zepita, Puno), <Tocaya> (una antigua hacienda en Juliaca, Puno), por un lado; y <Pinaya> (una hacienda en Lampa, Puno; y un lugar en el cercado de La Paz), <Pinavi> (en Quillacas, provincia de Paria, Oruro). En estos casos, obviamente, el significado debe tomarse literalmente: '(lugar) donde existen trojas'. A partir de este significado de base se deriva seguramente, como lo hemos venido sugiriendo, el valor emblemático que caracteriza al de los antropónimos, pasando a significar 'poderoso', 'magnánimo', 'benefactor', etc.

Para terminar con este punto, resta pronunciarnos sobre la categoría léxica del vocablo <toca> y de su compatibilidad con el sufijo *-pu*. En efecto, ¿<toca> es raíz nominal o verbal? Si la categoría a la que pertenece hubiera sido nominal, entonces debería haber sido incompatible con el sufijo benefactivo, de función deverbativa. Ocurre, sin embargo, que <toca>, al igual que <phina>, constituyen raíces ambivalentes, es decir son nombres y verbos a la vez; ambos podían glosarse como 'troja' o 'hacer trojas' (o, mejor, como 'almacén' y 'almacenar'). De manera que, en este sentido, <toca>, en tanto verbo, podía nominalizarse gracias a *-pu*, dando <toca-pu>. De hecho, en los antropónimos y topónimos mencionados estamos igualmente ante formas nominalizadas, ya que el sufijo *-wi* constituye justamente un nominalizador.

6. CUESTIONES DE FORMA

Hasta aquí, como se vio, no hemos dicho nada respecto de la forma de la raíz <toqa>. Interesa, pues, averiguar sobre la constitución fónica del vocablo. Siendo una voz arcaica, imposible de escucharla en boca de algún hablante de quechua o de aimara, no queda sino el examen filológico de la misma a través de la notación con la que fue registrada. En relación con su registro escrito, debemos destacar dos cosas: (a) que por lo general aparece con vocal <o> y no <u>, y (b) que mayormente se la escribe con una <t> inicial. Estos detalles son de suma importancia para la “restitución” de la textura fónica del vocablo, como veremos.

En efecto, en cuanto al primer punto, el que la voz haya sido registrada con <o>, en ambas lenguas, nos está indicando que la consonante <c> debió haber sido la postvelar /q/ y no la velar /k/, pues sólo la primera tiene la virtud de abrir la /u/ en [o], tanto en quechua como en aimara. Se trata de los efectos de la consabida regla de la “prueba vocálica”: [e, o] aparecen en ambas lenguas sólo en virtud de la copresencia de una postvelar. Sin embargo, González Holguín escribe <tucapu>, contradiciendo la regla mencionada, pero lo hace sólo en una ocasión (*cf. op. cit.*, I, 344), frente a las varias veces en que escribe <ttocapu> (*op. cit.*, I, 16), por lo que debemos concluir que la primera no pasa de ser una incongruencia ortográfica. En cuanto a la segunda observación, que tiene que ver con la naturaleza de la consonante inicial, notamos que si bien, por lo general, el jesuita cacereño prefiere la notación <ttocapu>, es decir con doble <tt>, ya vimos también que escribe <tucapu>, con una sola <t>. ¿Cómo interpretar dicha inconsistencia? ¿Será que con la consonante duplicada nos quiere indicar que no se trataba de una /t/ simple sino de una laringalizada? En todo caso, en la notación del cacereño, la <tt> es ambigua, pues con ella representa tanto la /t^h/ aspirada como la /t'/ glotalizada. Así, por ejemplo, <ttanta> (es decir /t^hanta/) ‘andrajo’ y <ttanta> (o sea /t'anta) ‘pan’ (*cf. González Holguín, op. cit.*, I, 337). Como quiera que

la voz para ‘saliva’ es <ttoca>, y sabemos que ella porta una /t^h/ aspirada, ¿debemos concluir que <ttoca> llevaba una /t/ glotalizada? Esto ocurre a no dudarlo en <ttokya> ‘reventar’, que modernamente se pronuncia [t^ho÷ya-]. Seguramente guiado por estas observaciones, en su estudio sobre las oraciones recogidas por Molina, Rowe “reconstruye” como <t’oqapu> aquello que en el cronista se registra como <tocapu> (cf. Rowe [1953] 2003: 170). ¿Hasta qué punto es acertada la restitución hecha por el arqueólogo norteamericano?

Al respecto, creemos que hay razones de peso para descartar dicha interpretación. En primer lugar, todo indica que el radical del vocablo parece ser de origen aimara y no quechua; en segundo término, dada la condición de voz prestada del aimara, hay la legítima sospecha de que su pronunciación no fuera tan segura en el quechua; en tercer lugar, Bertonio, más cuidadoso que su compañero de orden, registra la palabra sistemáticamente con una sola <t>, al igual que en el caso de <toca> ‘silo’, dándonos a entender que en ambos casos estamos ante una /t/ simple; en cuarto y último término, dada la conocida vacilación ortográfica de González Holguín (así, por ejemplo, la voz para ‘hervir’ aparece en la misma página como <ttimpu> y <timpu>: I, 342), no debe extrañarnos la inseguridad con que registra <tucapu>, prefiriendo la forma ultracorrecta <ttocapu>. Teniendo en cuenta todas estas observaciones, creemos estar en condiciones de postular **tuqa-pu* como la forma originaria del vocablo, que se habría pronunciado como [toqapu], según nos lo sugieren las fuentes coloniales.

7. A MANERA DE RESUMEN

En las secciones precedentes hemos intentado desenrañar los orígenes, en forma y significado, de la voz <tocapu>. De procedencia aimara, el radical ambivalente **tuqa* ‘silo’/ ‘hacer silos’, nominalizado como **tuqa-wi* ‘(lugar) donde hay silos’, quechuizado en la forma de *tuqa-y* luego de su

incorporación en la lengua, se empleó como atributo de riqueza y poderío de “reyes”, concretamente del legendario <Tocay Capac>. El mismo radical **tuqa*, ya con el reajuste semántico, podía nominalizarse mediante el sufijo *-pu*, para significar algo como ‘magnánimo’, ‘generoso’. De aquí, en virtud de una segunda vuelta de tuerca metonímica, habría adquirido el valor de ‘galano’ o ‘eximio’, atribuido primeramente a los dioses por excelencia (*v.gr.* <tocapu uiracochan>), luego a toda entidad espiritual o material tenida como ‘eximia’ o ‘sublime’. Los documentos coloniales más tempranos dan cuenta precisamente del resultado de tales procesos metonímicos, que ya se manifestaban en expresiones relexificadas, con la consiguiente oscuridad de la forma y el significado originales del lexema de base respectivo. Lo propio ocurriría con el epíteto homónimo <acnupu> ~ <acnupu>, para el cual sin embargo no es difícil postular la raíz **aqnu-*, que seguramente era una variante de <acna->, registrada por González Holguín con el significado de “hazer todo genero de ceremonias” (*cf. op. cit.*, I, 16). El registro moderno del vocablo ayacuchano <aqnu> como “cosa preciosa, chicha escogida”, de ser natural y no simplemente rebuscado, nos permite interpretar la <c> de <acno-> como una postvelar, que a su turno explicaría la apertura vocálica de la /u/ (*cf.* Yaranga 2003).

En suma, como habrá podido apreciarse, la historia del vocablo <tocapu>, desde sus orígenes como vocablo aimara, pasando por su quechuización, para luego castellanizarse como un tecnicismo de origen quechumara, ha seguido un curso de doble vía, como trazando un gran círculo, yendo primeramente de lo concreto a lo abstracto (‘almacenar’ > ‘eximio almacenador’ > ‘magnánimo’), y viceversa, constriñendo su significación de lo abstracto a lo concreto (‘magnánimo’ > ‘vestido galano’ > ‘decoración del tejido’).

REFERENCIAS

- ANÓNIMO (¿Alonso de Barzana?)
1586 *Arte, y vocabulario en la lengua general del Perú*. Lima: Antonio Ricardo, Editor.
- ARELLANO, Carmen
1999 "Quipu y tocapu: sistemas de comunicación inca". En PEASE, Franklin *et al.*: *Los incas. Arte y símbolos*. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 219-267.
- BALLIVIÁN, Manuel V.
1890 *Diccionario geográfico del departamento de La Paz*. Imprenta y Litografía de "El Nacional".
- BERTONIO, Ludovico
[1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: Ediciones CERES-IFEA.
- BLANCO, Aniceto
1904 *Diccionario geográfico del departamento de Oruro*. La Paz: Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica.
- CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo
2002 "Morfemas arcaicos en la toponimia centroandina: los sufijos -y, -n. y-ra". *Lexis*, XXVI: 1, pp. 207-226.
- DE LUCCA, Manuel
1987 *Diccionario práctico aymara-castellano / castellano-aymara*. La Paz: "Los Amigos del Libro".
- DUVIOLS, Pierre
1977 "Los nombres quechua de Viracocha, supuesto 'Dios Creador' de los evangelizadores". *Allpanchik*, 10, pp. 53-63.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca
[1609] 1943 *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores S.A.

GONÇÁLEZ HOLGUIN, Diego
[1608] 1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el
Peru llamada lengua qquichua o del Inca.*
Lima: U.N.M.S.M.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe
[1615] 1936 *Nueva corónica y buen gobierno.* París: Institut
d'Ethnologie.

MALLO, Nicanor
1903 *Diccionario geográfico del departamento de
Chuquisaca.* Sucre: Imprenta "Bolívar".

MOLINA, Cristóbal de
[1573] 1989 *Relación de las fábulas i ritos de los ingas.* En
Fábulas y mitos de los incas. Madrid: Historia
16, pp. 49-134.

PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe
1877 *Diccionario geográfico-estadístico del Perú.*
Lima: Imprenta del Estado.

ROWE, John H.
[1953] 2003 "Once oraciones inca del ritual del zithuwa".
En *Los incas del Cuzco.* Cuzco: Instituto
Nacional de Cultura, pp. 165-179.

SANTA CRUZ PACHACUTI, Joan de
[1613] 1993 *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú.*
Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

STIGLICH, Rodolfo
1922 *Diccionario geográfico del Perú.* Lima:
Imprenta Torres Aguirre.

SZEMIŃSKI, Jan
1997 *De las vidas del inka Manqu Qhapaq.* Cáceres:
Convento de la Coria.